

Y MARÍA SE  
CASÓ CON JUAN



Proyecto de:



Perteneciente a:



**Realización:**

Autor: Rebeca Olcina Yuguero

Ilustraciones: Azucena Fuentes

Maquetación y diseño: Ideah!

© Asociación DUAL Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni de sus ilustraciones, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# CUENTO 8

María se casó con Juan, el hombre que la conquistó de forma literal. Se ganó el puesto con bastante rudeza, espantando a los intrusos que acechaban en su coto de caza. Una forma de buscar pareja muy conservadora. ¡Una novia no se roba! - le decía a los posibles pretendientes. Y así fue como agilizó los trámites de su contrato matrimonial para tener bien atado lo que consideraba su trofeo.

María estaba enamorada. Estaba llena de falso orgullo por ver cómo la protegía Juan. Con él se sentía segura y decidió entregarle su corazón de por vida de forma incondicional. Pensó que su corazón



era como un puzzle, compuesto por piezas que se iban uniendo poco a poco como imanes. Como suele decirse el amor es ciego y te oculta aquello que no quieres ver. A veces, es pura fantasía, como un sueño de amor, tan dulce como el de Franz Liszt.



Juan decidió que el contrato se debía extender a una familia como mandaba la tradición, y siempre, que podía le recordaba a su esposa: “Ser madres es lo más bonito de ser mujer”. Y por ello, todas las noches se afanaba en cumplir sus deberes conyugales para conseguir su objetivo. Así fue como llegó al tercer miembro de su descendencia y entonces, frenó la concepción de su sagrada familia. Estimando que había cumplido como marido y padre, sus deseos se trasladaron a otra morada.

María estaba muy ilusionada por formar una familia. Según iban naciendo sus hijos e hija, les iba

comprando una cajita de música, como un himno de su infancia, para inmortalizar ese hito en sus vidas. Pablo nació con el nocturno nº1 op.9 para piano de Frederic Chopin, Martina con la canción de cuna de Brahms y Luis con la dulce melodía compuesta por uno de los más grandes W.A. Mozart, la sonata para piano nº11. Compartía con su marido la idea de conseguir una gran familia y que los niños y niñas traerían esa magia que hace de los hogares un lugar de felicidad y alegría.

Para Juan desde que consiguió una familia, perdió el interés por ella. Sus hijos e hijas eran tan sólo pequeñas criaturas que se movían demasiado, comían mucho, lloraban y gritaban con bastante asiduidad y su mujer no paraba de emitir reproches y quejarse sobre su exceso de trabajo, exigiendo, constantemente sus prebendas, que cada vez se multiplicaban con cualquier excusa: “Pablo necesita los libros del colegio, Martina necesita gafas, Luis necesita zapatos nuevos, etc....”. Todo el día pidiendo sin parar ni reparar en sus propias necesidades. Estaba harto de tanto jaleo. Cuando llegaba a casa quería respeto y atenciones para el hombre de la casa. Dejo bien claro que cuando

llegaba tenía que estar la cena en la mesa y los niños y la niña en la cama. ¡SILENCIO, SILENCIO! Solía gritar para conseguir que no se escuchará a nadie. Si podía se iba a la cantina después de trabajar para llegar tan tarde que no tuviera que cruzarse con ningún mocoso ni mocosa que se agarrara a su pantalón con una tonta sonrisa buscando su atención.

Pablo, Martina y Luis crecieron pensando que los padres eran hombres que sólo traían dinero a casa para darles de comer y que era mejor no cruzarse con ellos para evitar sus desaires. Un día Pablo se encontró con él en la cocina cuando iba a por un vaso de leche, y se asustó tanto que se le cayó el vaso al suelo rompiéndolo en mil pedazos, y sin quererlo se puso a llorar y se puso a recoger los pedacitos rotos esparcidos por el suelo. Ese día su padre no le regañó por encontrarse con él si no por llorar y



por agacharse a limpiar el estropicio. Entonces su padre furioso, le dijo: “Pablo, los niños no lloran” y tampoco se agachan a limpiar. Nosotros no hacemos tareas de casa.

Pablo estuvo un tiempo dudando si él era un niño o no, y no dudo en preguntarle a su querida profesora Matilda. Ella le tranquilizó con una respuesta de lo más coherente: Pablo tu eres un niño y llorar no te define, simplemente es una consecuencia de una emoción. También, le explicó muy cariñosamente, que llorar es inevitable y muy natural, es como cuando los ríos se desbordan por aumentar su cauce, las lágrimas brotan cuando son muchas las emociones que se juntan en poco tiempo. Respecto a ayudar en casa es algo solidario del ser humano. No existen clases dentro de una familiar. Todos y todas sois, un equipo y tenéis que ayudaros. A veces las personas adultas no hacemos ni decimos lo correcto, por eso, tienes que aprender a distinguir, y observar a las personas que no hacen daño con sus palabras ni con sus actos. Conserva en tu corazón las palabras amables de las personas que siempre están para ayudar, y los malos recuerdos, deposítalos en la palma de tu mano y sopla fuerte para que el viento se los lleve lejos.

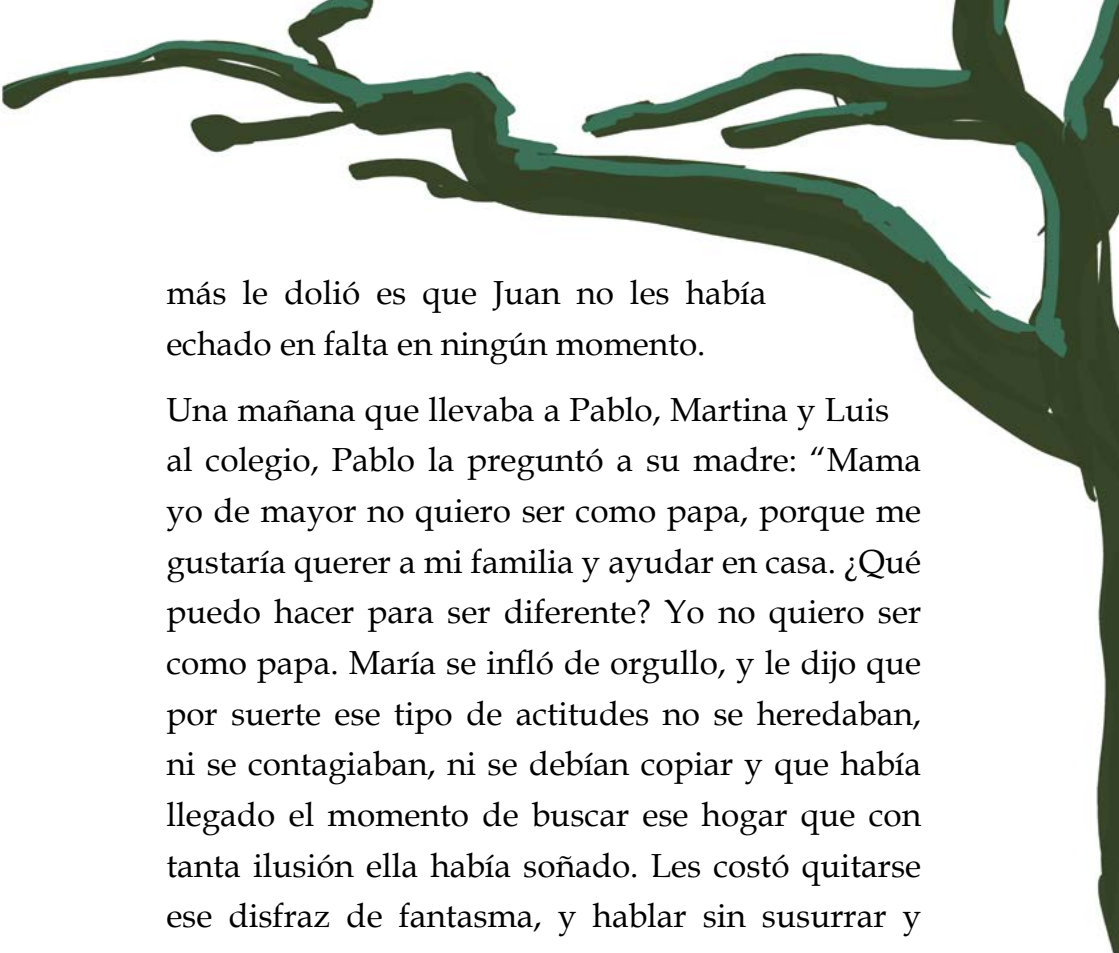


Después de ese día convocaron una asamblea dentro del armario y tomaron la decisión de convertirse en fantasmas. Se pintaron unas caretas completamente blancas para que sus rostros no les delatara y jugaban por la casa a moverse en silencio. De hecho, lo encontraron hasta divertido. Cuando por la noche tenían ganas de ir a hacer pipi, serpenteaba por el suelo hasta llegar al baño y cuando regresaban a sus camas, sin que nadie se diera cuenta se enorgullecían de lo bien que lo habían hecho. Pablo un día se camufló con la cortina, en el salón y esperó hasta que su padre se quedó dormido en el sofá para irse en cuclillas a su cuarto. Otro día, Martina que se había colado en el cuarto de mama para darla un beso de buenas noches, tuvo que esconderse debajo de la cama en cuanto entró su padre en la habitación, y tuvo que esperar tanto y era tan tarde, que se quedó dormida allí mismo hasta la mañana siguiente.

A María se le empezaba a caer la venda, y ese puzle de piezas sólidas empezaron a ablandarse como las galletas sumergidas en leche. Ella empezaba a dejar la cena encima de la mesa e irse a dormir a la habitación de Martina con la excusa de que tenía pesadillas, aunque ya había llegado el momento, que hasta sus excusas se habían silenciado. Lo que







más le dolió es que Juan no les había echado en falta en ningún momento.

Una mañana que llevaba a Pablo, Martina y Luis al colegio, Pablo la preguntó a su madre: “Mama yo de mayor no quiero ser como papa, porque me gustaría querer a mi familia y ayudar en casa. ¿Qué puedo hacer para ser diferente? Yo no quiero ser como papa. María se infló de orgullo, y le dijo que por suerte ese tipo de actitudes no se heredaban, ni se contagiaban, ni se debían copiar y que había llegado el momento de buscar ese hogar que con tanta ilusión ella había soñado. Les costó quitarse ese disfraz de fantasma, y hablar sin susurrar y moverse sin miedo. Durante todos esos años se habían desdibujado del mundo, sus siluetas eran translúcidas y su presencia ausente había silenciado sus vidas.

Su familia se emocionó al recibirles, como si llegaran de un naufragio a tierra firme.

Pero Pablo, Luis y Martina tenían claro que siempre ayudarían a su madre y cuando fueran mayores sus hogares sería lugares de felicidad y alegría.

Una noche más, Juan llegó a su casa, y para su sorpresa, ese día no tenía la cena en la mesa y en lugar del plato había una pequeña caja de música, con un final de una sinfonía, la nº 8 de Franz Schubert denominada “la inconclusa” por faltarle movimientos. Por supuesto ni lo advirtió, así que se fue a la cama. Allí no estaba su mujer como tantas otras noches, por lo que no se inquietó. Todo estaba como debía estar, como a él le gustaba, en SILENCIO.

De repente, brotó un alboroto que se deslizaba por el pasillo. Tres duendecillos tintineaban como cascabeles desbordados por una risa sistémica que resonaba entre muros. Su padre apareció por el marco de la puerta que daba a la cocina, indicando que bajarán el tono de voz:

- Por favor, no gritéis vuestra madre está descansando. Venga coger vuestros abrigos que nos vamos al parque a jugar.

Pablo, cerró la puerta tras de sí, y el SILENCIO recobró su espacio, pero, esta vez, en una versión diferente.



Las canciones que marcaron su vida fueron completamente diferentes...

QR con las músicas relacionadas al cuento.



QR con las otras músicas relacionadas al cuento.

